

CERAMICA POPULAR MEXICANA



ARTÍFICE DEL estado de México termina un molcajete

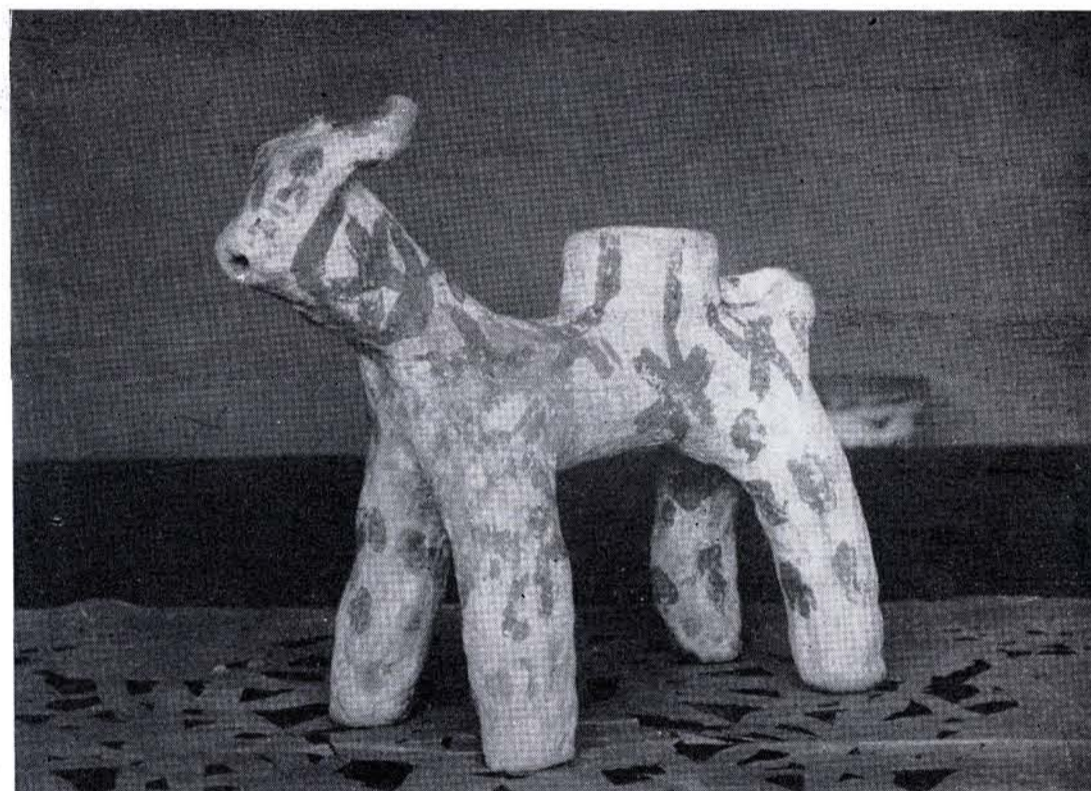
Carmen ESCOTO

Dichosamente hay quienes saben apreciar el valor artístico que tiene la minuciosa y cuidada labor del paciente artesano manual que, en la intimidad del patio hogareño, en colaboración con la familia, produce unos pocos ejemplares de industria casera cuyo valor no pueden tener nunca los objetos de industria mecanizada fabricados por cientos. A pesar de que la máquina pretenda substituir al individuo, no hay procedimiento que supla el poder creador de las manos que saben dar al trabajo manual calidad, individualidad, y ese soplo de vida que constituye la verdadera esencia del arte. La cerámica popular tiene en México, quizá como en ningún otro país, una riqueza ilimitada de posibilidades por la fácil obtención de la materia prima —el barro—, que proporciona un vasto campo de experiencias e investigaciones.

La alfarería en su múltiple variedad puede someterse a cualquier idea del artista y amoldarse flexiblemente a las líneas por él concebidas. Las bases o principios fundamentales de este oficio, tan elásticas a la medida del deseo, garantizan el resultado final a entera satisfacción de su creador y proporcionan pábulo a las iniciativas más variadas. El barro da, además, otra garantía que no fácilmente ofrece otra materia prima: la seguridad de saber que los ensayos y las experiencias del alfarero pueden repetirse y enmendarse cuantas veces sea necesario, hasta lograr la perfección de las formas.

En algunos pueblos la alfarería manual va degenerando notablemente y en otros tiende a desaparecer. Varias personas y algunas instituciones se han venido preocupando porque haya un auténtico resurgimiento de esa cerámica manual que está en peligro de perderse, y porque recobre el prestigio que merece; pero como es este un problema educativo, poco se ha logrado en tal sentido.

Simultáneamente, ha surgido, entre los artistas —principalmente pintores y escultores—, un creciente entusiasmo por conocer las diversas técnicas de la cerámica y un vivo interés por rescatar la alfarería popular, allí donde ha sufrido un eclipse por la incertidumbre del obrero frente a la máquina (que lo obliga a la ejecución de un restringido número de ideas, a la realización de unas cuantas formas y a la repetida ejecución de un mismo diseño); todo lo cual anula la iniciativa individual y despoja de espontaneidad y de gracia la obra que se realiza. Atento a este problema, el Instituto Nacional de Bellas Artes ha incluido dentro de su programa para 1956, la creación de talleres de artesanías —que estarán a cargo de técnicos especializados—, en todas las escuelas de Artes Plásticas de su dependencia, para que en esos talleres los artesanos tengan oportunidad de adquirir nuevos conocimientos relacionados con la técnica cerámica y los elementos populares; adquieran el conocimiento de una especialidad y, además, se lleven a cabo investigaciones relacionadas con los problemas enunciados. En esta forma, el Instituto Nacional de Bellas Artes, se enfrentará al problema de la revaloración de una de las principales artes populares.



CANDELERO CEREMONIAL usado por los indios tzotziles.

DIFERENTES VASIJAS de barro de Tlayacapan.

